

te que se desenlazó la revolución. Hecha la independencia, fué nombrado Regente de la Administración de tabacos de México, y después Contador general de Correos. La Junta de 1824, habiendo examinado los documentos de Rayón, declaró por buenos y meritorios los servicios que prestó á la Independencia desde 1811 hasta la rendición de Cópore; sin embargo, la República hizo poco por él y ni aun siquiera le dió el grado de General de División que le correspondía, ya que antes había sido Teniente General, y sólo lo hizo General de Brigada. Permaneció en cuartel hasta 1834, que el Gobierno de Santa-Anna le dió la comisión de pacificar el Estado de Michoacán, la que desempeñó con moderación y eficacia, acabando con la revolución centralista que se había iniciado. Por algún tiempo permaneció allí con el carácter de Comandante general, y terminada su comisión, regresó á México y vivió en él hasta su muerte, ocurrida el 19 de Julio de 1839.

El Estado de Michoacán no ha honrado, como debía, la memoria del valiente, entendido y honrado defensor de Cópore y campeón de la causa nacional.



DON JOAQUIN SEVILLA Y OLMEDO.

Los datos adquiridos últimamente nos permiten dedicar un pequeño artículo biográfico á este militar, que contribuyó á la revolución de San Luis Potosí.

Don Joaquín Sevilla y Olmedo, nativo probablemente de esa provincia, se encontraba en su capital en Septiembre de 1810, mandando con el carácter de Capitán una Compañía del Regimiento de "Dragones de San Carlos," allí acantonado, y estaba afiliado á la conspiración, cuyo centro era Querétaro, pero temeroso de que Calleja hiciera un escarmiento con él si llegaba á saber cuáles eran sus ideas políticas, afectó una obediencia absoluta durante todo el resto de Septiembre y el mes de Octubre, que aquél jefe permaneció en la capital ó sus cercanías, instruyendo á sus tropas: cuando el General realista se fué á campaña, sa-

lió dejando en San Luis la guarnición de 600 ó 700 hombres, que creyó suficiente, y que si para tiempos normales era excesiva, para la época de agitación en que se vivía era reducida. Sevilla, que ya estaba de acuerdo con Lanzagorta, el comisionado de Allende, con los legos Herrera y Villerías, con Fray Gregorio, con Zapata y con los demás conjurados, no tuvo inconveniente en facilitarles las armas que se habían confiado á su lealtad, y ya con ellas, los independientes pudieron hacer la revolución de la madrugada del 11 de Noviembre.

En un estudio del señor Muro hemos leído que Sevilla, afecto á la Independencia, no estaba de acuerdo con los mencionados, y que si llegó á estarlo fué porque entró en parlamento con Lanzagorta, que en la noche del 10 de Noviembre recorría las calles ya en son de pronunciado; que esa conferencia se verificó al aire libre en la plaza de la Merced, y que puestos de acuerdo los dos militares, es dirigieron á poner en libertad á los legos y tuvieron la abnegación de reconocer como jefe á Herrera. Ni la lógica ni la historia autorizan esta versión, y en la biografía de Lanzagorta ya hemos visto que éste llevaba instrucciones de Hidalgo ó de Allende para promover la revolución; en la de Iriarte hicimos resaltar la circunstancia de que le fué fácil apoderarse del mando, porque en realidad en

San Luis Potosí ninguno tenía el mando superior. Esto por lo que respecta á los antecedentes del suceso, pues por lo que atañe á la conferencia en la plaza de la Merced, diremos que aunque nada de particular tuviera que Sevilla y Lanzagorta, cada uno por su lado abrigara la idea de declararse por la Independencia, sí lo tiene la circunstancia de que de tal manera coincidiesen en esa idea que hasta hubiesen pensado ponerla en práctica la misma noche del 10 de Noviembre; así mismo, resulta inverosímil que si Lanzagorta no estaba de acuerdo con la Independencia, se decidiese por ella á consecuencia de una corta conversación tenida en el momento en que ejecutaba actos de servicio y en presencia de muchas personas. Así, pues, como tradición, y tradición infundada, puede pasar esa versión, pero la historia, que tiene datos positivos en contrario, no puede acogerla.

Sevilla salió de San Luis y dicese que fué á Guanajuato en auxilio de Allende, y que en seguida se dirigió al Sur, donde combatió al lado de Morelos hasta que sucumbió como un valiente en el sitio de Cuautla. Sabíamos nosotros que estuvo en Calderón y siguió en el ejército de los caudillos, y después en el de Rayón, en los que por su carácter de subalterno no tuvo ocasión de distinguirse; su nombre no vuelve á encontrarse durante el largo período de la insu-

rrección, pero no obstante, Sevilla sobrevivió á ella muchos años y llegó á ser General de la República; es muy fácil comprobar esto último buscando su nombre en el escalafón del ejército, donde debe constar.



BR. DON FERNANDO ZAMARRIPA.

El nombre de este insurgente de los primeros días de la revolución permanecería olvidado si el empeñoso historiógrafo señor Don Manuel Muro no nos lo hubiese revelado.

Nació en la Congregación de Soledad de los Ranchos, jurisdicción de San Luis Potosí, y después de haber hecho sus estudios sacerdotales, fué sucesivamente Vicario de las Parroquias de San Luis, Dolores, y San Miguel el Grande; esta circunstancia lo hizo conocer á Don Miguel Hidalgo, que indudablemente lo hizo conocer sus proyectos, consiguiendo tener en él un adepto más de la causa de la Independencia. Al estallar la revolución se encontraba en San Luis, y en cuanto tuvo noticia de ella salió de la ciudad para incorporarse en Salamanca al ejército, al que acompañó hasta Maravatio; en

virtud de las instrucciones del Generalísimo regresó á San Luis, donde tomó pequeña parte en el pronunciamiento del diez de Noviembre, y en seguida se dirigió á cumplir con otras comisiones á Zacatecas y Durango, ostentando, según se presume, el grado de Coronel.

Acompañó á los insurgentes del Norte en diversas expediciones y formaba parte de la división del Brigadier Don Rafael Núñez, cuando cayó prisionero de los realistas en el combate sostenido por aquél en la hacienda de Villela el 9 de Abril de 1812. Sujeto á proceso, dió pruebas claras del entusiasmo que sentía aún por la causa de la patria, pues cuando el Fiscal lo acusaba de haber sido secuaz y Capellán de los insurgentes, el padre Zamarripa negó que hubiese nada más desempeñado su ministerio absolviendo á aquéllos, y dijo que también había combalido hasta el momento que fué hecho prisionero; el Fiscal se desentendió de esta declaración y consiguió que se dictase sentencia de destierro conforme á su pedimento, pero el preso, al ser notificado, contestó: "Siento en mi alma no haber sido tan grande en la insurrección como el señor Hidalgo, para que me hubieran degradado y cortado la cabeza. Iré á morir muy lejos de mi tierra, sin poder ayudar más á mis compañeros." Esta respuesta fué mandada tachar, así como unos versos que

compuso y que se agregaron á la causa; esos versos, que circulaban ya en la ciudad, y cuyos ejemplares fueron mandados quemar por mano del verdugo, se conservaron gracias al cuidado que se tuvo de copiarlos para la causa.

Según Alamán, estuvo en las batallas de las Cruces y de Aculco, cayendo prisionero en esta última; de ser cierto esto, como lo es, no es posible que cuatro días después de esa batalla ya estuviese en libertad y en San Luis Potosí, contribuyendo á la revolución de esa ciudad. El mismo historiador vuelve á hacer referencia al padre Zamarripa, al que llama Zimarripa, al referir su prisión y las consultas que hizo el asesor al Virrey.

El padre Zamarripa fué llevado á Veracruz, montado en un asno, como lo mandaba la sentencia, y desde entonces se ignora su suerte, siendo lo más probable que falleciese, á consecuencia del clima insalubre del puerto y de los rigores de la prisión.



JOSE GUEMES.

Este insurgente es desconocido enteramente por su nombre, y sólo con el sobrenombre ó apodo de "El Anglo-Americano," se encuentran algunas referencias de él en las crónicas de la guerra de Independencia.

Parece que era natural de las costas y que había servido en el ejército realista, pues tenía algunas nociones de artillería. Se presentó á Hidalgo cuando éste iba de Celaya á Toluca, y desde luego fué destinado á la arma que conocía; Sotelo, en los apuntes que publicó, hace referencia á él, aunque suponiéndolo extranjero, por el sobrenombre con que era más conocido. Asistió al combate del Monte de las Cruces y allí fué herido, según él mismo asegura; estuvo en Aculco y Calderón y perteneció después al ejército de Iriarte y en vez de caminar con él para el Norte se quedó con

el lego Herrera, al frente de una regular partida. En Febrero de 1811, Gilemes penetró á la ciudad de San Luis Potosí, la que entregó al saqueo, y poco faltó para que diese muerte al Intendente Flores, puesto por los insurgentes; quiso fusilar á los españoles presos en la ciudad, pero las súplicas del clero potosino consiguieron que Herrera revocase la orden; sin embargo, se los llevó presos y los llenó de vejaciones y malos tratamientos, y al fin hizo que se diese muerte á varios de ellos.

Gilemes, que era indisciplinado, se separó de la partida de Herrera, lo que le salvó de tener el mismo triste fin que éste, y regresó con unos cuantos hombres á la provincia de San Luis y entró al pueblo de Armadillo, donde se apoderó de una partida de caballos; tenazmente perseguido por las tropas realistas, se vió obligado á pasar á la provincia de Guanajuato. Unida su partida con las del padre Don Rafael García, conocido con el nombre de "Garcillita," y de Fray Santiago Rodríguez, se concertaron en Salamanca para atacar á Guanajuato, como lo hicieron, aunque inútilmente, á mediados de Marzo; se dirigieron entonces á Celaya, pero rechazados, volvieron sobre Guanajuato por segunda vez, hasta que el Teniente Coronel Don Miguel del Campo los alcanzó en la Calera y los derrotó completamente. Aun trató de ocupar

Querétaro (Mayo), y al efecto, dirigió una intimación á los Alcaldes y vecinos haciéndoles grandes amenazas; pero carecía de las fuerzas suficientes para ello; por algún tiempo siguió expedicionando por Guanajuato, y aun concurrió, en unión de Albino García, á diversas funciones de armas. Como su sobrenombre no vuelve á mencionarse, es probable que muriera obscuramente en uno de tantos encuentros y escaramuzas que hubo en la provincia de Guanajuato en 1811.

El sobre nombre de "Anglo-Americano" no le venía de ser nativo de los Estados Unidos, sino de cualquiera otra circunstancia, y acaso de la de haber sido bautizado cuando ya era mayor de edad. El Capellán de Minería, después Cura de Querétaro, Don Rafael Gil de León, denunciador de la conspiración de esa ciudad, fué padrino de Gíemes, y á él le escribió desde Jerécuaro, en Abril de 1811, que hasta entonces se había encontrado en once batallas y que estaba resuelto á no envainar la espada hasta tomar venganza de las tiranías de que había sido objeto su pobre familia. Estuvo casado con Andrea González, que residía en México, y que se encontra sumida en la mayor miseria, por lo que el Virrey dispuso que se le diera un empleo en la fábrica de tabacos, que entonces pertenecía al Gobierno.



DON BENEDICTO LOPEZ.

Como Torres, los Villagrán, Aranda, etc., era Don Benedictino López un labrador rico que se lanzó á la revolución, no para medrar en ella, sino para perder, tranquilidad, fortuna, comodidades y la vida.

Don Benedicto López era nativo de Zitácuaro ó de sus cercanías, donde poseía extensos y productivos terrenos que abonados con su incesante trabajo le habían dado una mediana fortuna, de la que vivía en 1810. Habiendo llegado Hidalgo á Valladolid, y en marcha para México, se le unió Don Ignacio Rayón, que no sólo le llevó su persona, sino que proeureó atraer á sus hermanos y clientes, uno de los cuales era López, al partido de la independencia; su propaganda dió resultado, pues mientras aquel seguía al Generalísimo á Guadalajara, Don Benedicto levantó una partida en

Zitácuaro y consiguió que otras personas de las cercanías hiciesen otro tanto, al grado que á fines de 1810 estaba insurreccionado todo el país, que se extiende al Sur del Valle de Toluca, los minerales de ese rumbo y la comarca confinante que se extiende por el Sur de Michoacán y Norte de lo que ahora se llama Estado de Guerrero.

El Virrey, para tener expeditas las comunicaciones por ese rumbo, se vió en la necesidad de enviar una división á las órdenes del Capitán español Don Juan Bautista de la Torre, del Regimiento de Tres Villas. López, que se había situado en Zitácuaro, rechazó allí fácilmente la tentativa que en 20 de Febrero de 1811 hizo el Teniente Torrescano para apoderarse de la población, y esperó la llegada de Torre, haciendo algunos rudimentarios trabajos de fortificación, no atreviéndose á salir de la villa por las continuas victorias que el realista obtuvo en los meses de Marzo y Abril y que causaron un abatimiento general en toda la región. El 22 de Mayo dió Torre el asalto, y envanecido con sus triunfos creyó sencillo obtener uno más; reciamente cargó por la cañada de San Mateo y llegó á apoderarse del cerro del Calvario, donde los insurgentes tenían su artillería, pero rehechos éstos, dieron sobre él, rechazándolo al tiempo que López mandaba cortar el camino y lo atacaba por la retaguardia;

Oviedo, á su vez, cargaba por el frente. Torre se vió en peligro tal, que apresuradamente se confesó con su compadre el Cura Arévalo, que lo había metido en aquella angostura, y aunque siguió caminos extraviados, al fin cayó en poder de López, que quiso llevarlo á Tuxpan, pero en el camino fué muerto á pedradas por los indios, que querían vengar en él las atrocidades que había cometido en tres meses de campaña; muchos oficiales perecieron y otros cayeron prisioneros, consiguiendo después rescatarse, pues Don Benedicto no era sanguinario; toda la artillería de Torre se perdió, y de setecientos hombres que mandaba, los que no murieron cayeron prisioneros, quedando muy pocos para traer á México la noticia. El camino á Valladolid quedó á discreción de los independientes, y desde las goteras de la capital hasta las de aquella ciudad, no quedaron más soldados realistas que los pocos que en Toluca tenía el Corregidor Gutiérrez, y que no estaban en estado ni de defender siquiera la población.

Aquella victoria dió aliento á los insurgentes y Rayón, que estaba en Tuzantla con una pequeña partida, se dirigió á Zitácuaro, donde López, que no era ambicioso ni díscolo, le cedió el mando y le entregó todos sus recursos. El Virrey, entre tanto, alarmado, movió algunas tropas del Norte

de México, y con la violencia posible formó un nuevo ejército que tomó del de Calleja, poniéndolo á las órdenes del Coronel Empáran y ordenándole que marchase sobre Zitácuaro, el cual era rápidamente fortificado por Rayón y por López. Este tomó parte en la acción de 22 de Junio, que dió por resultado que Empáran con sus dos mil hombres fuese rechazado y se viese obligado á regresar á México.

Estos triunfos valieron á Don Benedicto el grado de Mariscal de Campo, con el que concurrió á las reuniones que dieron por resultado la instalación de la Junta de Zitácuaro. Como era probable que la villa sufriese un nuevo ataque, López siguió fortificándola, y aunque Rayón á última hora comprendió que no podría sostenerse allí, se resignó á quedarse por no chocar con aquel y con los indios, que la juzgaban inexpugnable. Sabido es que á pesar de los recursos acumulados allí, Calleja se apoderó del pueblo sin emprender un sitio y en un solo ataque, verificado el 2 de Enero de 1812. López, que defendió valientemente el punto que se le confió, sostuvo la retirada, y fué á refugiarse á Tuzantla, pero como conocía bien el país y por allí tenía sus intereses, obtuvo de la Junta, que se había refugiado en Sultepec, que se le ratificase el nombramiento de Comandante de Zitácuaro, y trabajó bastante por repoblar el

lugar, como lo consiguió; reanudó sus correrías por las inmediaciones, y en Agosto se batió en Tilosto y Malacatepec con una sección de las fuerzas de Castillo, que trataban de acercarse á la destruida villa; cuatro días después, (el 12) rechazó á esas y otras superiores fuerzas que se presentaron frente á ella para evitar su repoblación.

Esta ventaja le permitió seguir fortificando la villa y que durante todo el resto de ese año y en todo el de 1813 no fuese incomodado por los realistas y hasta que estuviese en disposición de dar asilo á Don Ignacio Rayón y á sus hermanos cuando sufrían algún revés. No concurrió al ataque de Valladolid, dado en Diciembre de ese año, pero sí sufrió sus consecuencias, pues muy poco tiempo después se vió amenazado por los triunfantes ejércitos virreynales; Don José Antonio Andrade, con una fuerza de 600 hombres se presentó tan inopinadamente, que obligó á López á dejar el pueblo y á huir hacia el Sur. Por entonces, la fortificación del cerro de Cópore había adelantado bastante, y Don Benedicto la ayudó mucho y levantó una nueva partida, que puso á disposición de Rayón; con ella concurrió á la acción de Jungapeo ó de los Mogotes, en la que fue rechazado Llano. Después de este combate, López auxilió bastante al fuerte de Cópore cuando estuvo

sitiado, pero cansado de la revolución, disgustado con Rayón y desconfiando de sus compañeros, permaneció largas temporadas en completa inactividad, y su nombre para nada aparece en gacetas y crónicas.

Hasta 1817 dió nuevas muestras de actividad, con motivo de la llegada de Don Nicolás Bravo á Ajuchitlán, proponiéndose organizar alguna gente; López, para distraer á los realistas, atacó Zitácuaro, donde mandaba Don Pío Ruiz; queriendo éste acabar de una vez por todas, dispuso sus tropas en tres columnas y se dirigió á la hacienda del Canario, donde estaba López, pero éste logró batir la columna de Revilla, y aunque rechazado por las otras dos, consiguió escaparse. Puesto de acuerdo con Don Nicolás Bravo, lo ayudó cuando éste empezó á fortificar nuevamente el cerro de Cópore y cuando fué atacado por Don Ignacio Mora, que fué rechazado, perdiendo cien hombres y cinco oficiales; también contribuyó á que Barradas, sucesor de Mora, fuese á su vez rechazado frente al cerro en el ataque que en Octubre de ese año intentó. En medio de la rápida pacificación de todo el Reino, que se iba consiguiendo, eran una nota discordante esos triunfos de los insurgentes en la provincia de Michoacán, así es que urgía acabar con ellos para que el país no volviese á estar intranquilo. Barradas fué reemplazado por Márquez Donallo,

que llevó en su campaña al antiguo defensor del cerro, Don Ramón Rayón, y que estableció un severísimo bloqueo alrededor del fuerte.

Como en Cópore escaseasen los víveres, Don Benedicto pretendió introducirlos á viva fuerza, pero lo único que consiguió fué ser derrotado la noche del 29 de Noviembre, y caer en manos del indultado Don Mariano Vargas, que había militado en la insurrección á sus órdenes. Dos días después, el sitiador dió el asalto, que no fué resistido por los sitiados, los cuales al huir se precipitaron por el derrumbadero llamado Cuevas de Pastrana, pero allí cayeron en manos de los realistas, los que no cayeron precipitados desde lo alto del cerro. Bravo consiguió escapar, aunque muy maltratado, llegando á Huetamo, donde trató de reunir á los dispersos; el Lic. Ignacio Alas, preso de los insurgentes, Ordaz, los Carmona y otros jefes que de antemano habían entrado en pláticas para indultarse, quedaron libres, así como los doscientos setenta y siete prisioneros que habían hecho las tropas realistas; Rayón recibió el grado de Teniente Coronel; Márquez Donallo fué recomendado por tercera vez para el de Brigadier, y al ejército sitiador se le concedió un escudo con el lema: "Por la toma de Cópore."

El único sacrificado fué Don Benedicto

López, á quien se fusiló al día siguiente de la victoria, cuando parecía natural, dado el carácter que la guerra había tomado, que se le perdonase la vida, imponiéndole un castigo cualquiera, como el destierro; pero el Gobierno español tenía que vengar en él las tres victorias de Zitácuaro, la de Jungapeo y las varias que había obtenido durante los dos sitios de Cópore, pues este insurgente fué de los pocos que tuvieron la fortuna de obtener frecuentes victorias sobre el enemigo y de ser él derrotado pocas veces, lo que le dió un gran prestigio entre los habitantes de la comarca, que siempre estaban dispuestos á militar bajo sus órdenes.



DON JOSE MARIA LICEAGA.

Figuró mucho durante la guerra de Independencia, su nombre es muy conocido, y sin embargo, la generalidad ignora la mayor parte de sus hechos y hasta ha llegado á confundirsele con otra persona de su familia que llevaba su mismo nombre y apellido.

Pertenecía á una antigua y distinguida familia de la provincia de Guanajuato, perfectamente relacionada, y poseía varias propiedades en esa ciudad y una finca de campo llamada Hacienda de la Laja, entre los pueblos de Silao y de León. Se dedicó á la carrera de las armas y empezó por ser cadete del Regimiento de Dragones de México, cuando estalló la revolución de Dolores; se encontraba Licéaga en su ciudad natal cuando Hidalgo la tomó, y la amistad que existía entre el anciano Párroco y la